

SALUSTIANO MARTÍN

PASA LA VOZ, HERMANO

Bartleby Editores
Madrid, 2000

ÍNDICE

I. Poética y afirmación	13
<i>Sea mi nombre Arturo</i>	15
<i>Escribas</i>	18
<i>Dentro de ti</i>	19
<i>Lucha de clases</i>	20
<i>Comunistas</i>	21
II. No podemos fiarnos del futuro	23
<i>Han salido a nosotros</i>	25
<i>Esperan nuevas preguntas</i>	29
III. La muerte que nos dan	35
<i>Parte de bajas</i>	37
<i>Palabras para El Hadi</i>	38
<i>La carta robada</i>	41
<i>Muerte por fuego</i>	43
IV. Se obstina en batir sus alas	47
<i>Como un lagarto</i>	49
<i>Su voz era la nuestra</i>	53
V. La rosa luce en la ciudad	57
<i>La rosa luce en la ciudad</i>	59
<i>Cansados de soñar sin esperanza</i>	63
VI. Pasa la voz, hermano	67
<i>La historia continúa</i>	69
<i>Pasa la voz, hermano</i>	73

para María José,
que me acompaña.

en memoria de
Rosa Luxemburg y
Clara Zetkin

*¿Cómo hemos de
poner los oídos
para
ante el abismo de la derrota
oír ya algo de victoria?*

Erich Fried

*Apoyarse
precisamente donde uno pierde pie.*

*Sacar por ello fuerzas
de la flaqueza, del miedo, de la angustia.*

Jorge Riechmann

*Pero la más hermosa de todas las dudas
es cuando los débiles y desalentados levantan su cabeza
y dejan de creer
en la fuerza de sus opresores.*

Bertolt Brecht

I

Poética y afirmación

Sea mi nombre Arturo

Sea mi nombre Arturo, sea
mi luz como la luz sumida
de una mujer que sufre,

sea mi sombra como el zumo
de una raíz sin esperanza.

Pongamos que ambiciono
alzar mi sangre a las estrellas.

Mis amigos me dicen
que sigo siendo un inocente:

si creo que es posible
hacer que broten briznas
de pan para la próxima
granazón de los años.

Los que hoy nos alimentan
agradecen los rumbos
que sus afanes exigieron,

pero estas horas ya no asilan
para el asombro del amor ninguna
nueva ocasión de viaje.

Les pregunto, y no pueden
darme respuestas que me alumbren,

si en el pasado construyeron otras
mujeres y otros hombres
la amargura y los gozos que nos cercan
en este espacio sin entrañas,

por qué no puede Arturo
levantar con sus manos los cimientos
de caminos mejores para el dulce
temblor de las caricias,

por qué no puede
romper los grilletes que niegan
los pasos que sus hijos
podrían producir para los días
que esperan tras la noche.

Sostienen que he soñado nuestra senda:

como una flor herida
que abrió sus brazos en redondo,

como un agua frutal que así calmara
la sal de los sedientos.

Deducen que mi historia
es sólo un espejismo
de tormentas vacías que no auguran
ninguna huella grávida.

Si Arturo
existe sólo así sin vida propia,

si nada puede hacerse
con el dolor de los menudos,

y han de seguir penando su desdicha
sin que siquiera sepan
de dónde viene el golpe,

y es todo (pues) inútil,

¿quién ha dispuesto esta tortura
que me atraviesa el pecho
de sol cada mañana?

Escribas

Se creen el centro de la historia,
el eje en torno al cual giraran
el dolor y los gozos
de los seres humanos.

Empinados encima
del altar de sus voces,
con su cabeza les parece
que pueden muñir la substancia
de la vida,

y son sólo
sedentes vacas ni siquiera
sagradas por las leyes;

prostitutas pintadas
que alquilan ya los restos
de un cerebro podrido;

espinazos blanduzcos,

viciosos de su sucia
reverencia al que paga.

Dentro de ti

Si no sales al ruido de la calle,

no te será posible ver

qué les sucede
detrás de la ventana.

Si

no escribes mientras miras
cómo lucen las luces
su oscuridad,

si no
deletreas con mucho
cuidado los dolores
del parto de la noche,

si tu boca no alumbra los gemidos
que anuncian las urgentes
entrañas de la fiera,

si

no sufres en tu voz
sus contracciones:

nadie sabrá
qué pasa dentro
de ti,

tras la ventana.

Lucha de clases

"No inventes nada que no puedas
soñar,
ni sueños
aquello que no puedas
vivir cuando despiertes".

Con sus palabras sancionó el desánimo
que él mismo había propagado.

Movió su cetro en alto contra el aire,
midiendo su poder con el silencio
de los pequeños seres
humanos, de rodillas
ante sus plantas poderosas.

Soñaban todos con mirarlo un día
caído contra el polvo,
roto el bastón de mando,
vencida la arrogancia con la fuerza
de sus sueños vividos.

Comunistas

Los han matado en todas partes,
según distintas formas:

en el nombre de Dios
los han matado,
fusilados contra una tapia;

en nombre de la patria
los han matado,
torturados en sótanos;

en nombre del mercado libre
los han matado,
acuchillados en sus casas;

en nombre del partido
los han matado,
acribillados en Tian An Men;

en nombre de sí mismos
los han matado,
enterrados en los gulags;

en nombre de los crímenes
de sus verdugos

los han matado,

burlados en las tumbas
que sepultan sus sueños.

Pero aún

resisten.

II

No podemos fiarnos del futuro

Éstos que acaso aquí se pierden
para el sendero que se anuncia
no son como esperaste
que iban a ser los hombres y mujeres
que aguardabas detrás de tus agobios:

tapiado en el olvido
del mundo que crecía
sin que tú lo supieras,

el futuro era un riesgo
que hablaba a tu coraje,

a tu afán de seguir sin tregua,

de hacer de tu nostalgia
de la vida madura un acicate
tenaz de la memoria.

Saber era la acción que era preciso
levantar entre todos
para poder librarnos de la abulia
que nos dejaba exánimes.

Pero fuimos vencidos desde dentro.

3

Me dices que no sabes
de dónde sacaremos,

en estos días
sin luz
que nos asfixian,

la fuerza para erguirnos.

Sucede que las horas
con que aquí nos cruzamos
son éstas que descubren
nuestro cuerpo desnudo.

No nos quedan mejores herramientas
para el afán de esta mañana.

Acaso, compañero,
es cierta la amargura:

no hay, acaso, vigor en estos brazos
que acuden a la cita.

Éstos que aquí, remisos,
repudian su ascendencia,

mientras aguardan a que ultimen
de salar su cerebro,

no quieren conocer la historia
que tú puedes contarles,

de qué emoción el rostro que les habla,

o cuál la selva sin futuro
que preludian sus voces.

No quieren que les digas cómo
se agobia el vuelo de sus manos,

ni qué pesares
los acechan detrás del espejismo

que aquí los trunca.

Por eso, compañero,
tenemos que saber de dónde duele
nuestra pobre esperanza:

quizá son éstas sólo
las fibras que nos quedan,

producto de una sangre
comprada en el mercado.

No sufras el enclenque
vigor de sus esfuerzos:

han salido a nosotros.

Esperan nuevas preguntas

1

De quiénes eran el dolor y el gozo,

de quién la decidida
voluntad de seguir hacia adelante.

No está la historia escrita,

le pedimos respuestas diferentes
cada mañana en que respiran
las dudas en el pecho.

Lo que hemos dicho suena todavía
cuando nuevas palabras contradicen
la voz que hablaba,

aquel altivo corazón que pudo
alzarse.

2

Nosotros fuimos

aquéllos que se echaron a la lucha
hacia un país

que no existía,

de nosotros la lumbre
con que tratamos
de alumbrar la esperanza.

Si el dolor era nuestro,

si nuestras fueron
aquellas voluntades

porque quisimos que sirvieran
para trazar el campo
abierto,

si la herida
no ha cesado en la calle,

si aún acezan sus uñas
detrás de las puertas cerradas,

de dónde esta desidia,

de qué lugar la muerte
sombría que nos tunde
los hombros hasta el puño.

3

Sus sofismas pretenden
que es éste el mejor de los mundos
posibles,

así nos envenenan de cizaña
los sueños que barruntan nuestros pasos.

Con sus disfraces
escriben la memoria que no fuimos,

nos pudren el desnudo
que palpita en las huellas
con sed que nos preceden.

Aquellos que auguraban
los aires de un futuro al fin propicio
han echado el cerrojo.

4

Pienso en las sangres que no me atraviesan,

por qué desánimo no rompo
los espejos que burlan
el calor de mis sienas.

Quién nos impide con su yugo
echarnos a la plaza
de nuevo a germinar contra el delirio.

Qué nos podría
suceder si volviésemos
al aire libre,
a la calle y sus gentes.

Si nos negáramos
al ruido de las voces que nos niegan.

Nosotros
somos aquellos corazones,

arden aún sus sueños.

Están creciendo en este instante

manos que no existían,

frentes llegadas
para el fervor que nos espera,

luces recién prendidas.

La historia no concluye
sus señales en este
recodo del camino.

Cada mañana brotan
preguntas en que aguardan
los raros aleteos de respuestas
sin nombre todavía.

III

La muerte que nos dan
(Variaciones para una geografía de España)

Parte de bajas

Anoten esta cifra:

once.

Recuérdela hasta el próximo
parte de bajas de la guerra.

Son esos
los mineros que han caído
aquí en León en los primeros
ocho meses del año.

Antonio
Maria
Carvalho

se llamaba el undécimo.

Nadie sabe si el luto encenderá
su oscuro sufrimiento
en el país que abandonó
en mala hora.

Palabras para El Hadi

Es quince de septiembre
y seguimos muriendo.

Quiero decir

(tal vez
alguien atiende mis palabras)

que nos siguen matando.

Ya treinta y cuatro hemos caído
en este duro año del noventa
y siete,

fructuoso
campo de batalla,

según los últimos ajustes
que nos han asestado en el libre
mercado del trabajo.

Hemos sido hechos trizas
por reglas que suponen
ganancia para quien nos ejecuta,

más muertes para nuestra
memoria desangrada.

y cuatro obreros hemos
muerto a la fuerza aquí en Madrid.

Cuando con nuestras manos
edificábamos viviendas
que no
iban a ser para nosotros.

El Hadi
El Háder

se llamaba este cuerpo
que aquí enterramos.

Había conseguido abandonar
el hambre de Marruecos
sin perecer en esa empresa.

Murió de golpe.

Contra el sueño.

Su cabeza vencida
entre las piernas.

Me parece que nunca
llegó a sospechar quiénes
habrían de matarlo.

No sé de sus latidos
sino un recuerdo que me invento
para que no se nos olvide.

Acaso
alguien lo llora desde alguna
habitación sin esperanza.

para no verlos rotos,

con su clavícula en la frente

chorreando silencio

desde antes de irse.

Sus hermanos de muerte,

los que tendrán que huir

hasta que caigan en las trampas

de la lucha

y la piedra

los triture hasta el polvo,

no saben

de qué lugar desierto

crece la peste.

Acaso de tan claro como está

quiénes acopian el dinero

que aquí nos pudre la esperanza.

Diecisiete cadáveres

con los ojos tapiados.

Muerte por fuego

Francisca la de Cádiz,

muerta

sin días para el gozo de la tarde
del descanso tranquilo,

va olvidando los gritos de los hombres

y el golpeteo de la sangre

que fluye desde el pozo

amargo de su vida

sin ganancia posible,

perdedora

desde el principio de su llanto.

Los brazos de sus hijas

recogen en susurros las pavesas

que deja su esqueleto.

Al ir a caminar,

fue atravesada

por el redoble de las horas

que vivió en la agonía,

por el silencio de aquellas amables
que nunca acariciaron
la angustia de su pecho.

Oh tú,

mujer,

trabajadora

o bien burguesa,

que respiras con tus palabras

o que vives uncida al yugo

y tiras del arado hacia poniente,

ten en cuenta a esta flor:

en otro tiempo

hubiera brillado con gotas

de rocío, gallarda

bajo la luz de las auroras

y hermosa como tú.

Recuerda

que su muerte no está en este poema

sino en la historia que te trajo

hasta estas líneas

y puede

llevarte por caminos semejantes.

Recuerda el desenlace triste
de su estéril agobio.

Recuérdala en la hoguera.

Y recuérdasela a las otras
hermanas.

IV

Se obstina en batir sus alas

Como un lagarto

Brotó su luz de la palabra,
en medio del terror de los cadáveres.

Sus bocas se ofrecían,
latiendo entre los hombros
alambrados de espino,

cuando eran fuego los muñones
y la sangre caliente
aún era un reguero que agobiaba
la tierra con sus uñas.

Amaneció. Se oían sus reclamos

de alerta, y nada pudo
hacer el hierro y nada
el tanque y nada la tortura

para que no siguiera hablando.

Buscado por la muerte,
sostuvo en alto su coraje.

Chirriaban los colmillos del soldado
con la esperanza de sus vísceras,
y no pudieron
hincarse en sus gargantas.

Perseguidos sus cuerpos,
en ellos germinaron las caricias.

Supo esconder su fuerza
detrás de los dolores de los muros,

mientras el grito del chacal urgía
las letales consignas
de los nuevos poderes

y los aires sonaban
con fragor de cadenas.

Mantuvo su valor bajo el agobio,

siempre al acecho allí donde los amos
rugieron su asechanza

y los menudos sollozaron
en catres de amargura.

Brillaban los chasquidos de los huesos
de los débiles miembros
que aún se resistían,

y entre su sed se alzaba,

desoyendo los yugos,

flaco rostro que nadie conocía
y todos perjuraban haber visto.

Mujer,

era posible,
crecida desde el llanto
de sus hijas y hermanas:
famélica y frutal, anuncio
de la muerte y del gozo,
rigor contra el designio
de los dueños del aire.

No sino un hombre macilento
venido del pasado con su rabia,

mentían otros con temor
al mal desconocido.

Cercadas por la grey de las antorchas,

sus sombras fueron avistadas
en las esquinas sucias
de las ciudades.

Se las vio caminar sin prisa
por los barrios más pobres:

allí donde el poder les predicaba
los rostros de su espanto.

Difundida su fama por el miedo
a lo distinto que discrepa
del orden de la cárcel,

el ser humano prosiguió en su lucha,

negando su extinción a la violencia

y a las leyes urdidas
contra el ánimo libre:

como un ave nocturna
de rara carne y huesos
que se obstina en batir sus alas,
mordidas por el óxido del luto;

como un lagarto,
de feraz andadura,
que salva a su progenie
de las llamas del odio.

Así,
de esa manera memorable

sobrevivió su frágil esqueleto.

Hasta estos días.

Su voz era la nuestra

Sabíamos que estaba:

no se podían oír sus latidos
detrás de los embustes del periódico,

pero era cierta su presencia:

como una luz que enardeciese
nuestra floja vigilia,

más allá de las órdenes,
llenas de tiempo indescifrable,
que aquí nos sujetaban
agarrados del cuello.

Mi hermana me decía
que era preciso que existiera
su coraje, forzoso
que las cosas hablaran con sentido.

De lo que era capaz de hacer su impulso
surtiría sin duda
nuestra dulce existencia próxima,

la ilusión que nos iba a dar felices
amaneceres sin desánimo.

Luego pasó la sed de nuestro arroyo.

Pasó nuestra esperanza:

la memoria
del origen de nuestras huellas.

Muchos siguieron travesías
que los sacaron de la ruta.

Supe después que huíamos
a solas con el miedo,

que nunca había habido nadie
al otro lado de la sombra
que alzaba nuestra pena.

La nostalgia produjo pesadillas
que cegaron los ojos.

El horizonte que veíamos
era una casa sucia,
podrida de tahures
que eran los dueños de las llaves.

Ningún fantasma convincente hubo
que nos viniera
a liberar de la desdicha.

Despojos de los sueños,
pudimos comprender por fin la historia
que nos estaba maniatando:

los latidos que entonces yo creía
oír como una luz oculta

surgen de los tenaces aleteos
de la brizna de afán que somos.

En nuestro pecho son ahora
los mismos que sonaban
con su pobre respuesta.

Tal vez ellos construyan
los días que esperamos.

Si aún su voz es débil,
pueden hablar con ella las palabras

no una ficción:

reales
agobios que nos hieren,

este resuello mínimo:

un empuje que es propio
de la flaca razón en que bebemos

y nos desvela contra el sucio
poder que nos destruye.

En eso estamos hoy
a duras penas:

si no con el vigor que se requiere,

aún seguimos.

V

La rosa luce en la ciudad

La rosa luce en la ciudad

1

Ya no respiran mis pulmones,
están llenos del agua
fangosa de la muerte.

Sobre la calle quedan
las palabras que estuve alzando
para la vida ardiente que esperaba:

aún siguen defendiendo
su suerte como pueden.

Las usan de herramienta
compañeros que no me conocían;

tiernos seres sin aire en el costado
que no han nacido y sufren
lo que hicimos nosotros.

Mi cuerpo es un desierto de ceniza
que arrastra una corriente sin destino.

Lo que pensé para todos vosotros
era mi forma de abrazarnos,
de unir mi boca a vuestras bocas.

Sólo vosotros existís y existen
los signos que señalan las heridas.

Bajo su voz mi sangre
ya no levanta su bandera,
la roja insignia del valor
con que quise ayudarnos.

Los asesinos han vencido
con balas mis pulmones.

Os dejo sólo lo que dije:

mirad qué hacéis con ello.

Era pequeña.

Incluso más pequeña
que muchas de nosotras.

Pero hablaba,

y entonces
se poblaba el vacío cauteloso
con la luz de la aurora,

y en todas las ciudades
marchábamos al tajo las mujeres

(y marchaban los hombres)

con un latido de esperanza.

Y éramos dignas en el pecho
como una rosa contra el aire.

Porque estábamos vivas
y todo estaba por hacer y lo íbamos
a izar con nuestros hombros.

Su voz nos explicaba
que las palabras solas no eran útiles.

Y allí donde ella ardía,
su fuerza era capaz de dar sentido
a los objetos que tocábamos,

de trazar el contorno de los dioses
humanos que no nos dejaban
seguir creciendo.

Nos hacía saber con su paciencia
aún más que con los signos
que escribían sus manos.

Su nombre luce sobre nuestras calles
como una huella.

Cansados de soñar sin esperanza

1

Muchos seres humanos
han sucumbido desde entonces.

La peor pesadilla de sus sueños
está sobre nosotros:

la hemos ido dejando
penetrar en las venas de la frágil
vigilia de la duda.

Ya nadie
puede quedar a salvo en estos días
tras las paredes de su ombligo:

la peste mata dentro del cerebro,

en el reducto en que los hombres
y las mujeres se refugian
del viento disolvente del negocio,

allí donde se piensan
a solas con su calma,

a solas con su gajo
de sólido egoísmo.

Hoy nadie está seguro,

aunque se esconda
detrás de su silencio.

2

Su voz me sigue hablando.

Su voz asesinada no me deja
retirarme a mi aldea:

soy parte de la sangre pervertida
en estos años de eficaz matanza,

soy parte del machete
que ha sajado el cerebro
de las mujeres

y los hombres

libres

hasta dejarlos reducidos

a logreros fantoques
de su propia impostura.

Huir es un refugio sin futuro.

También en el retiro
la lluvia es lluvia ácida.

Los árboles también se están quemando.

También nuestras mentiras
segregan muerte en el callado
rumor de las salas sin nadie.

Aquí también nos nacen brotes
de metales pesados bajo el alma.

También en el silencio
somos objetos de negocio.

3

Su sangre nos habló del asesino.

Nos enseñó a guardarnos
de aquéllos que mentían con palabras
de hermosos pensamientos.

Pero de nada pudo
servir a los dormidos.

Digo sólo en mi nombre:
de mi propia amargura.

Quiero creer que no está sola

y vive sin ensueño la existencia
de dolores iguales.

Nos cercan
nuevos caminos sin salida,

parecidas cegueras.

La luz murió.
Su nombre
nos recuerda ciertos impulsos,

cierta pasión del ser humano.

Tomaremos de Rosa sus palabras,
el ejemplo feraz de su paciencia;

de nuestra historia, sus relatos
de gozo y de desdicha,
las pruebas de las trampas en que ardimos;

de nosotros todo el esfuerzo,

la resistencia y sus razones libres,

el desconsuelo de los muertos

que se nos han avecindado
detrás de las pupilas

cansados de soñar sin esperanza.

VI

Pasa la voz, hermano

La historia continúa

1

Se acaba este milenio.

Procesiones

de antorchas nos anuncian nuevas
muertes a manos del verdugo,

cristales rotos en la noche.

2

Felices los derrumbes de los muros,

mentira las palabras que auguraban
la puesta en libertad de algún esclavo.

Abiertos los cerrojos,

barrotes más sutiles aprisionan
a esos seres humanos que se habían
soñado libres,

se han erguido
tan sólo los poderes del dinero.

3

Los miserables siguen
viviendo en su miseria.

Fue dura la caída
contra la tasa de ganancia.

Los sojuzgados buscan enemigos:
miran su cara en el espejo.

Otra vez los que pierden
se vengan en las víctimas.

El crimen deja réditos seguros.

4

En el siglo que acecha,
tras el recodo en sombra del milenio,

nos seguirá pariendo monstruos
la semilla feroz de nuestro siglo.

5

Te digo que es preciso,
hermano,
que empiece ya la resistencia:

nombrar lo que nos pasa,
saber por qué sucede,

buscar en el pasado,
en las sangres oscuras
que ciegan nuestros sueños,
respuestas a este orden
que será ya futuro
cuando nos haya hundido
en los mismos agobios
que nunca abandonamos.

6

No dejes que te empujen,
no des un paso atrás,

resiste.

No sólo por tu vida,
no sólo por nosotros,

los que estamos aquí,

a cuerpo

debajo de este pasmo

letal de la derrota.

7

Detrás la historia sigue.

Procesiones de antorchas.

Cristales rotos en la noche.

Afanosos verdugos.

Nuevos hombres y nuevas

mujeres

resistiendo.

Pasa la voz, hermano

1

Teníamos dos losas
que cubrían nuestro sepulcro,
dos piedras que humillaban
nuestra cabeza.

Cayeron los muros.

Despierta,
 compañero:
ya falta poco.

En este día doloroso queda
una sola opresión para expropiarnos
de nuestro fruto,

del gozo libre que nos hace
seres
 humanos.

Ahora será más fácil la lucha.

Allí donde miremos,
allí estarán las pruebas de sus ácidos.

Es difícil no darse cuenta
de quiénes
nos adulteran el cerebro,

de quiénes son los que florecen
con el duro fervor de nuestro empuje,

de quiénes
 nos impiden
crecer hasta la altura
de la vida y sus gracias.

Nuestro enemigo es fácil
de distinguir,
 podemos
llamarlo *tasa de ganancia*.

Cayeron los muros
que tú sabes,
 hermano:
aleluya.

En este instante el mundo
es una sola
prisión sin excepciones.

Ya sólo nos vigila un carcelero
al otro lado de la lápida.

Sólo nos puede
causar temor aquel agobio
 inútil
que es preciso dejar a nuestra espalda.

En el camino estamos,
compañero.

Más allá de nosotros,
los afanes
que hemos de urgir anuncian
tiempos mejores.

2
Hermano,
ya en España

van nueve mil doscientos veinte muertos
caídos
a destajo

en esta década sin muro.

Quinientos cuatro que ya no respiran
en los primeros seis meses del año,

tres mil seiscientos siete malheridos.

¿A cuánto está la carne
de obrero mutilada?

¿A cuánto el cuerpo frío?

No hay que dejar que continúen
fraguando su vigor con nuestro empeño,

que se crezcan aupándose
encima de la estéril
congoja que nos vence.

Podemos,
 todos
 juntos,

hacer que se desarmen los mercados
que los burgueses utilizan
para urdir sus negocios,

donde todo se compra,
donde los hombres
y las mujeres tienen precio.

Hacer que las venas abiertas
del sudor se les cierren,

que no puedan seguir dañando al aire.

Trabaja, compañero,
 con paciencia.

Descubre con cuidado
quiénes te afligen la esperanza.

No dejes que te engañen.

Sólo nos queda un enemigo.

Otro tiempo vendrá distinto a éste.

Ángel González

todo está aún por hacer.

Jorge Riechmann

*No podemos fiarnos del futuro.
El momento de la verdad es ahora.*

John Berger

febrero 1996-septiembre 1999

p. 79